

Wigberto Jiménez Moreno: forjador de los estudios etnohistóricos

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985). Obras escogidas de la historia antigua de México, investigación, compilación y estudio preliminar de Celia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, Secretaría de Cultura / INAH, 2017, 532 pp.

Es de suma importancia reconocer la trayectoria de los fundadores de las disciplinas científicas en México, pues no sólo permite entender las circunstancias en las que se construyó el conocimiento en un determinado momento histórico, sino también tener presente las principales aportaciones de un personaje en específico, tal como se puede observar en el libro *Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)*..., publicado por Celia Islas y Víctor Alfonso Benítez, quienes advierten que la obra tiene el objetivo de rendir un homenaje a uno de los principales forjadores de los estudios etnohistóricos en nuestro país, cuya labor se desarrolló en dos de las principales instituciones del ramo: el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Escuela Nacional de Antropología e

Historia (ENAH). También se le considera como uno de los pioneros en el análisis de documentos y códices de la historia prehispánica y colonial de México, lo cual le permitió realizar importantes aportaciones en el ámbito de la historia antigua nacional. Sus intereses de investigación eran amplios, por ello no debe sorprender que haya incursionado en el estudio de las culturas del Centro, Sur, Occidente y Norte de México. Los editores mencionan que los textos seleccionados no presentan un orden cronológico sino geográfico, disposición que busca exponer la manera en la que Jiménez Moreno entendía las relaciones existentes entre las áreas geográficas y culturales, lo cual le hizo proponer una categoría unificadora: Mexamérica. Los compiladores indican que no fue sencilla la tarea de reunir la vasta obra bibliográfica del antropólogo, pues ésta se encontraba dispersa en diferentes instituciones, bibliotecas y centros científicos, tanto nacionales como internacionales.

La obra se divide en cuatro partes, un epílogo y dos apéndices. En la primera se recopilan ocho de los trabajos que realizó sobre el valle de México; en la segunda, tres sobre el Sur; en la tercera, cinco sobre el Occidente y el Norte del territorio nacional, y en

la cuarta se integran siete sobre el pensamiento filosófico y la religión prehispánica. El epílogo rescata su estudio sobre el *Lienzo de Jucutacato*, en uno de los apéndices se presenta un documento, y en el segundo se registra la bibliografía del autor en orden cronológico. Islas y Benítez indican que Wigberto Jiménez desarrolló sus actividades académicas en un momento crucial para la definición de la historiografía moderna de nuestro país. Aunque predominaban las corrientes nacionalistas posrevolucionarias, él buscó ampliar sus horizontes de conocimiento y mantuvo contacto con personajes de las más variadas corrientes de pensamiento, entre las que sobresalen la escolástica, el positivismo, el historicismo, el existencialismo y el marxismo.

Don Wigberto nació el 29 de diciembre de 1909 en la ciudad de León, Guanajuato. Desde su niñez mostró un gran interés por la historia antigua de México. Su creciente pasión por este asunto lo llevó a participar, a los 24 años, en el Primer Congreso Mexicano de Historia, en el que presentó dos trabajos en la sección de Historia Antigua, que era presidida por el connotado arqueólogo Alfonso Caso, quien no sólo reconoció la calidad de las investigaciones, sino que le ofreció una beca

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

para estudiar una especialidad en antropología en la Universidad de Harvard, pero ya la había obtenido de Alfred M. Tozzer. Durante su estancia en Estados Unidos no sólo conoció las teorías antropológicas funcionalistas, culturalistas y deterministas, también tuvo la oportunidad de cursar materias que se desconocían en nuestro país. Jiménez regresó a México en 1934 y logró obtener una plaza como arqueólogo en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

La primera tarea que se le encomendó fue la de redactar una introducción, un prólogo y unos comentarios críticos a los *Primeros memoriales* de fray Bernardino de Sahagún. Un año después, y en colaboración con Miguel Othón de Mendizábal, elaboró el mapa “Distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México”, tarea que complementó en 1936 con el “Mapa lingüístico de Norte y Centroamérica”. El acercamiento que en ese momento tuvo con la lingüística sería esencial para sus posteriores investigaciones, pues Jiménez Moreno se dedicó a estudiar lenguas indígenas como el nahua, el otomí y el mixteco, conocimiento que le permitió entender el mundo mágico tradicional indígena. También se interesó por el análisis de los códices, sobre todo los del área mixteca, que consideraba una de las expresiones culturales más trascendentes de los pueblos originarios, en virtud de que en ellos se podían distinguir escenas de la vida cotidiana y aspectos sociales, mismas que estaban supeditadas por el ritual y la práctica de una

religión. En este sentido, los compiladores no dudan en considerar a Jiménez Moreno como uno de los precursores del estudio de los códices.

En 1937 sería artífice, junto con Paul Kirchhoff, Alfonso Caso y Miguel Othón de Mendizábal, entre otros, de la fundación de la Sociedad Mexicana de Antropología. La relación académica que estableció con Kirchhoff rendiría notables frutos. Uno muy importante fue la definición del concepto “Mesoamérica”, que permitió delimitar las etapas de desarrollo de los diferentes pueblos prehispánicos. En su papel de etnógrafo recorrió numerosas regiones del país con la intención de obtener información de la cultura material y espiritual de los grupos étnicos que habitaron en gran parte del territorio nacional. Esta experiencia le permitió entender que se requería crear una disciplina que estudiara por igual a los grupos indígenas tanto en el pasado como en el presente. Con el apoyo de diversos expertos logró establecer en 1955 la especialidad en etnohistoria en la ENAH, la cual se sustentaba en la inédita relación que establecía la historia con la etnografía. A Jiménez Moreno le interesaba demostrar que los grupos étnicos actuales formaban parte esencial de la cultura mexicana; es decir, buscaba dejar atrás la visión que glorificaba a los antiguos indígenas e ignoraba a los de nuestro tiempo. Desde su perspectiva, el pasado y el presente de los grupos étnicos conformaba una unidad, misma que podía ser estudiada a partir de un análisis multidisciplinario.

La creación del método etnohistórico contribuyó a dar un giro a la investigación en la ENAH, pues se realizó un ejercicio de integración de diferentes saberes, entre ellos la arqueología, la antropología social, la historia, la geografía, las matemáticas y la física. Wigberto Jiménez sería considerado el precursor y padre de la etnohistoria ya que proporcionó los fundamentos científicos y metodológicos a una disciplina en la que se amalgamaban los conocimientos antropológicos e históricos. En este sentido, recomendaba que el etnohistoriador utilizara los datos arqueológicos y las fuentes pictográficas y escritas para reconstruir la cultura indígena anterior a la Conquista, pero al mismo tiempo debía conocer lo que sucedía en las etapas posteriores de la historia hasta llegar al presente, a efecto de tener una visión de largo plazo de los grupos étnicos que se investigaban y conocer la herencia que el pasado había dejado en la actualidad. Un buen etnohistoriador, según el autor, debía dominar las técnicas de investigación del etnólogo y del historiador. La metodología propuesta por Jiménez Moreno rendiría notables frutos, tal como se puede constatar en su estudio “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, en el que logró identificar a la Tula histórica por medio del análisis de diversas fuentes: textos indígenas (*Anales de Cuauhtitlán, Historia tolteca-chichimeca, La leyenda de los soles, Relación de la genealogía...*, entre otras), un mapa del siglo XVII y distintos datos arqueológicos que le permitieron realizar comparaciones.

Wigberto Jiménez explicaba su método de trabajo de la siguiente manera: para cotejar las fuentes históricas indígenas elaboró columnas con la intención de identificar las coincidencias y complementar aquello que se omitía. Después realizaba la localización de los espacios por medio del entrecruzamiento de la información obtenida en mapas, censos de población, mercedes, títulos de propiedad y archivos parroquiales. Tras corroborar espacialmente los lugares efectuaba un viaje para reconocer el lugar y constatar la existencia del asentamiento que se buscaba. La admiración que llegó a sentir por Tula lo llevó a afirmar que ésta era “una capital insigne en la historia de México, una metrópoli, un sitio en el que los bárbaros se convertían en civilizados”. Consideraba que en este asentamiento había comenzado el desarrollo del Centro de México, pues su conformación supuso la superación de la Edad de Piedra en la que vivían los pueblos indígenas. Por ello se la consideraba la “tierra sagrada”, el lugar en el que se habían originado los eventos más importantes de la historia. La experiencia en Tula sería replicada en los demás lugares que Jiménez Moreno exploró, pues le interesaba examinar los hechos históricos y las regiones territoriales que se mencionaban en los documentos antiguos. Entre sus aportes más significativos encontramos la definición de las áreas geográficas indígenas, tarea en la que vinculó datos lingüísticos, religiosos y artísticos, pues consideraba que éstos determinaban a las culturas en todos los tiempos, ade-

más de que manifestaban una filosofía de vida que se expresaba de manera simbólica entre lo sagrado y lo profano.

Su investigación le permitió deducir que una buena parte de la población mexicana tenía ascendiente indígena; asimismo, sustentó la novedosa idea de que los pueblos originarios del Norte gozaban de una alta cultura, que evidenciaban rasgos diferenciados a la de los grupos del Centro y Sur del territorio mexicano. Una importante contribución más fue haber realizado la periodización del desarrollo cultural de los grupos indígenas del centro del país. Para sustentar su propuesta utilizó el material cerámico encontrado en diversas áreas geográficas de Mesoamérica, además de las fuentes históricas que le permitieron analizar distintos aspectos religiosos, lingüísticos, culturales y comerciales de las ciudades prehispánicas. Con base en estos elementos construyó un atlas de historia pretolteca, en el que puede observarse el surgimiento, expansión y desintegración de las sociedades mesoamericanas.

Su descubrimiento de la existencia de relaciones culturales entre Mesoamérica y el sureste de Estados Unidos contribuiría, por una parte, a dotar de una identidad general a los pueblos del Centro, Sur y Norte de México, pero también le permitió proponer un término, Mexamérica, que englobaba a las culturas indígenas que habitaban Mesoamérica, Aridoamérica y Oasisamérica. Para apoyar la pertinencia de su concepto, Jiménez Moreno advertía que se debía tomar en cuenta que hubo interacción entre los grupos nómadas

y los sedentarios. De acuerdo con el autor, Mexamérica resultaba un concepto incluyente y daba cuenta de los distintos procesos (de continuidad, de cambio, de integración, de desintegración, de mezcla racial y de aculturación) que se daban en el interior de ese enorme territorio.

A lo largo de su carrera, Jiménez Moreno desempeñó diversos cargos administrativos: jefe de Departamento de Etnografía, director del Departamento de Investigaciones Históricas, presidente del Seminario de Cultura Mexicana, jefe de los departamentos de Etnología y Lingüística en la ENAH y director de esta misma escuela, presidente del Consejo de Historia, director del Programa de Historia Indígena, director del *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, director del Consejo de Lenguas Indígenas y miembro de 20 asociaciones mexicanas y extranjeras, entre las que destacan la Sociedad Mexicana de Historia, el Seminario de Cultura Mexicana, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Academia de la Lengua Náhuatl, la Société des Americanistes de París, la American Anthropological Association, la Sociedad de Historia Eclesiástica Mexicana y la Asociación Mexicana de Antropólogos. Aunque a Wigberto Jiménez Moreno se le recuerda por sus aportaciones a la historia, la etnología, la etnografía, la lingüística, la arqueología y la etnohistoria, también se le puede considerar, desde nuestra perspectiva actual, como un defensor del patrimonio tangible, pues en una conferencia que dictó sobre Tula afirmó que:

“Los bárbaros están de prisa, por donde quiera se destruyen nuestros monumentos y esto es grave porque el día que nos veamos rodeados de monumentos que

no sean los nuestros, el día en que encontremos en nuestras ciudades monumentos que no corresponden a nuestra tradición cultural, ese día habremos dejado de pensar como mexicanos”.

Sirvan estas últimas palabras para mostrar el compromiso de un investigador que no sólo estaba interesado en estudiar el pasado, sino también en defender los vestigios en el presente.

Lázaro Cárdenas en la Presidencia de México

Anna Ribera Carbó*

Ricardo Pérez Montfort, *Lázaro Cárdenas. Un mexicano del siglo XX*, t. 2, México, Debate / Penguin Random House, 2019, 510 pp.

El segundo volumen de la biografía *Lázaro Cárdenas. Un mexicano del siglo XX*, junto con el primero publicado en 2018, es un compendio de los intereses de Ricardo Pérez Montfort a lo largo de su muy prolífica trayectoria como historiador. Temas que lo hacen reconocible, como la historia cultural —haciendo hincapié en la cultura popular, el cine, la fotografía, la música, la versada—, la historia social y política mexicana, la derecha hispanista, se reúnen en este trabajo en torno a un

personaje y a una época de enorme trascendencia para el México contemporáneo: Lázaro Cárdenas y sus años en la Presidencia.

En el primer tomo, Pérez Montfort recrea de manera pormenorizada los escenarios en los que se fue construyendo el personaje y la red de relaciones que le permitieron irse colocando en las más altas esferas del poder militar y político para ubicarse, a los 39 años, en la antesala de la Presidencia de la República. En este segundo tomo, que inicia con la gira presidencial que empezó en diciembre de 1933, el asunto de las relaciones militares y políticas mantiene una importancia nodal. Sus colaboradores cercanos, como Ernesto Soto Reyes, Luis I. Rodríguez, Silvano Barba González y Gonzalo Vázquez Vela; los correligionarios con los que después de establecer alianzas políticas terminaría por confrontarse, como

Saturnino Cedillo; las figuras a las que admiraría por su obra revolucionaria, como Tomás Garrido Canabal, con quien acabaría teniendo problemas graves, pululan en la gira del candidato junto a otras que habían sido claves en la etapa de formación: Plutarco Elías Calles y Francisco J. Múgica, entre las más destacadas. Además, van adquiriendo importancia actores como Manuel Ávila Camacho y su hermano Maximino, y el joven y carismático veracruzano Miguel Alemán. Esta red de relaciones variopintas en lo ideológico, aunque todas fueran o se dijieran “revolucionarias”, se amalgamarían por un breve periodo en torno a la personalidad política de Cárdenas.

Los seis años de la presidencia componen la parte sustantiva del texto. Y aunque en esta parte de la obra aparecen figuras de una fuerza notable como

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.